

El retorno de Urano*

Margarita Peña

Una fuga en la estufa fue la causa de todo. Cuando los patrulleros entraron al apartamento de cincó piezas en la Colonia Guerrero, cuajado de flores marchitas, sintieron que ellos también iban a desvanecerse en cualquier momento. Protegiéndose abrieron de modo frenético las ventanas que daban a la privada, las que caían sobre el patio interior lleno de macetas de petunias y geranios espléndidos, en donde la pequeña perrera le robaba espacio al lavadero y a los tanques de gas. En el tendedero, algunas prendas de ropa ondeando al aire sucio de la gran ciudad, húmedas todavía por la lluvia nocturna. En el umbral de la puerta de madera vieja de la cocina, el cuerpo yerto de la "Blondy" con el hocico apuntando hacia los resquicios por donde solía colarse el aire antes de que los sellaran con cinta de aislar, y "masking"... Fue lo primero que vieron los patrulleros que acudieron al llamado de los vecinos. La Blondy y su pelaje de cocker spaniel cruzada con perro callejero; la Blondy y su vientre estéril después de la operación, hacía ya un año; la Blondy y su quieta fidelidad perruna.

Con la máquina de rasurar en la mano derecha, Teodoro contempla su imagen en el pequeño espejo del botiquín. Ensimismado, contempla a través del espejo un pedazo de su casa. Absorto, se contempla a sí mismo retrospectivamente.

Teodoro se apresuró a cerrar la puerta de la vivienda que daba sobre el patio de la vecindad. Con su traje de los domingos, su sombrero Stetson de medio uso, regalo de don Sebastián, el patrón, su corbata de rayas transversales sobre la camisa impoluta, hasta parecía un señor. Se encaminó hacia la esquina, en busca de un ruletero que lo llevara al Registro Civil, en donde lo esperaban los muchachos, don Sebastián, que había aceptado firmar como testigo, y por supuesto, Justina, la novia. Porque el caso es que Teodoro se iba a casar. Sí, a casarse después de haberse pasado la vida pregonando que él no estaba hecho para el matrimonio, después de haber tenido todas las novias que se le antojaron, después de haber acompañado a doña Matilde, su madre (de la cual fue el único sostén), hasta que ella murió. Y luego habían venido dos años de soledad en los que él se aferraba empecinadamente a su soltería; y luego conoció a Justina, la nueva dependienta de la florería, y la invitó

* "Tenemos la vuelta de Urano a su misma posición natal hacia los 70 años, lo cual indica grandes cambios. Hacia esta edad aparece el recuerdo de vivencias olvidadas. Urano actualiza cosas del pasado". D. Dancourt. *Ciclos y tránsitos astrológicos*, p. 11.

a salir; a la feria, al box, al baile finsemanal en uno de los salones de la colonia. Y luego se fue dando cuenta, poco a poco, de que no podía prescindir de ella, de que se sentía muy solo; de que el silencio de la pequeña vivienda le caía encima como plomo por las noches, cuando solamente se escuchaba el gotear de la lluvia sobre los tejados de zinc; los domingos, cuando el sol restallaba sobre los muros grisáceos de la vecindad. Entonces decidió casarse con ella. Pedírselo. Y ella no se negó. ¿Cómo se había de negar? ¿En dónde iba a encontrar a otro hombre serio, trabajador como Teodoro, que, además, la aceptaba con el pequeño Renato? Aunque fuera sólo un peón del jardín anexo a la florería, en tanto que ella tenía estudios de secretaria y además era buenísima para la costura. Aunque le llevara más de quince años. Aunque tenía un tipo tan indígena, era tan moreno, tan indiado, pues. Totalmente distinto de Armando. ¡Pero qué se le iba a hacer... Parecía que Teodoro le iba a tocar como marido. Y luego, lentamente, empezó a amarlo. Teodoro se enamoró de ella desde la primera vez que salieron. La llevó al Cine Roxy. Daban una película de la nadadora ésa, la gringa, Esther no sé qué. Y mientras veía la pantalla, aquella vez, en el Roxy, comparaba mentalmente el cuerpo casi plano, como tabla, de la estrella, con las redondeces de la mujer que tenía a su lado. Y estaba tentado de acariciarle un seno, pasarle la mano por el muslo. Pero se controló. Allí, quizás, decidió que sería su esposa, no propasarse con ella, tratarla como si fuera señorita. Pese a la existencia de Renato. Para empezar bien, para que ella supiera que él era un hombre decente, con buenas intenciones; para que todo fuera correcto desde el principio. Y ahora se iba a casar con ella. Pagó rápidamente al chofer, que le hizo un guiño cómplice y lo felicitó; se bajó, se dirigió al edificio porfiriano de las calles de Bucareli, subió la escalera rechinante. Arriba lo esperaban los muchachos. Tina estaría por llegar, con Renato. Era el día más feliz de su vida.

Teodoro se mira en el espejo del botiquín, al que le hace falta un buen baño de mercurio, sobre todo en el lado izquierdo, junto a las bisagras. Ve a su alrededor, como tomando conciencia de una realidad que es la suya desde hace casi cuarenta años. La vivienda original, ampliada con dos habitaciones más que Tina utiliza como taller de maquila de vestidos para niña; el water y el lavabo nuevos, la tina desportillada (no les alcanzó el dinero para cambiarla cuando remodelaron el baño); más allá, el juego de comedor de mamá, más los muebles que trajo Tina hace ya tanto tiempo, cuando se casaron; la cocina nueva, "integral" que también colocaron, cuando la vecindad se convirtió en edificio de departamentos en condominio y ellos tuvieron que decidir entre irse a una de esas colonias alejadísimas de todo, o quedarse en la céntrica calle de Camelia. Optaron por lo segundo (le quedaba a él muy cerca de la Roma, de la florería), y, con lo de la herencia y un crédito, compraron el departamento contiguo. En realidad, dos habitaciones más, un baño que usaba Renato, y una cocina con muebles inservibles que desapareció pronto bajo el aplanado y el papel tapiz con diseño de calles parisenses que Tina colocó diligentemente. Tina, Justina... A pesar de que a ella no le gustaban los diminutivos, él fue adueñándose de su nombre, como se adueñó de su vida, modificándolo, acortándolo hasta llamarla como a él le gustaba, con ternura, con familiaridad. El espejo le devuelve su rostro moreno con pocas arrugas, su pelo entrecano tirando a blanco. Al tiempo que se lava las

manos, se embebe en la contemplación, en los recuerdos. Son las seis de la tarde, Tina fue al doctor, ya no debe tardar. Ambos están preocupados, pero no lo confiesan. La mirada de Teodoro recorre, desde el espejo, un trozo de la pequeña sala comedor, y se detiene en la bota de vino que cuelga de uno de los muros. Su memoria se dispara hasta esa tarde, en la Plaza México cuando Victoria, "la Vicky", como le llamaban los trabajadores de la florería, lo hizo comprar la bota, obligó al "Compa" (Gustavo, el compadre de Teodoro) a sacar la botella de "Hidalgo" que traía escondida en la chamarra, y después de vaciarla en la bota la pasó entre los cinco con un "¡el que se raje, no es hombre...!", que hizo que bebieran entre risas y górgoros. La Vicky, coqueta, desenfadada, flaquita, chistosísima. La única cana al aire en treinta años de matrimonio. Llegó a trabajar a la florería, y puso de cabeza a los empleados y a los jardineros. A él le echó el ojo desde el primer momento. "¿Qué quieres, me gustan los hombres maduros...". Para entonces, él pasaba de la cincuentena y andaba como aburrido, como tristón, harto de las rabetas de Renato; con Tina lejana, absorta en la confección, repasando revistas, haciendo sugerencias al señor Kaplan que le traía los vestidos a medio terminar, arreando a las ayudantes, Tencha y Lulú, que faltaban a cada rato, llegaban tarde, se llevaban los hilos, las tijeras... Sentía como que estaba de más. El sonido monótono, incansable de las tres máquinas de coser le parecía insoportable; empezó a llegar tarde a casa, a irse con el Compa y la Vicky a las luchas y al box. La verdad es que andaba muy descompuesto; se le había salido a Tina del huacal casi por completo. Y quién sabe qué habría pasado de no ser por la partida, la huida, la desertión de Renato. Al llegar a este punto de los recuerdos, Teodoro siente una punzada en el corazón. Renato, su hijo; bueno, como si fuera suyo, como si fuera su propio hijo. Volvió él, entonces, a los brazos de Tina, a las lágrimas de su mujer; al cuerpo rellenito, todavía apetecible de ella (tan diferente de las delgadeces huesudas y desafiantes de Victoria); al olor, los cabellos (que ella empezó a teñir de rubio), al calor de Tina. Y se consolaron mutuamente.

Justina Rentería de Domínguez camina apresuradamente por las calles del centro. Ansía llegar a su casa, desplomarse en el sillón de la sala, quitarse los zapatos que le aprietan, poner el impermeable a secar. Ver a Teodoro, observar como dispone la merienda (el chocolate o el café con leche, los bisquets de los chinos que a ambos les encantan) sobre la mesa con mantel de plástico, sentarse a ver la televisión junto a él; pedirle que la abrace. En las cuatro cuadras que median entre la parada del camión y la privada (ya no es vecindad; desde hace diez años es una "privada", o un "condominio", como quiera llamársele) repasa, sin querer, los años que han transcurrido desde que conoció a Teodoro, que ahora se le escurren, se le deslían entre las manos como agua clara de manantial que no logra retener. Ha ido a ver al doctor, que la ha examinado con el ceño fruncido, y le ha ordenado un montón de análisis. Pero ahora no quiere pensar en eso. Mejor recordar cuando se casó con Teodoro. O antes, cuando lo conoció. Hace treinta y dos años, exactamente. Ella tenía veinte, y un hijo de tres. Llegó de Guanajuato huyendo de la maledicencia, la murmuración, el desengaño, la infelicidad. Huyendo de Armando, su gran amor. ¿Su gran amor? Sí, mientras creyó en él, en sus no sé cuántas promesas. Matrimonio cuando él terminara la carrera de abogado. Y

mientras, “dame una prueba de que me quieres... ándale, o me voy con otra...” Y se fue con otra, la muchachita de “buenas familias” con la que se casó, a un mes de nacido Renato, el producto de la “prueba de amor”. Ahora, a distancia ve las cosas con ironía, hasta con sentido del humor. Piensa que Armando era, y es, un pobre diablo. Y pensar que lo amó tanto, que estuvo tentada de suicidarse cuando él se casó, cuando se desvanecieron las últimas fantasías (que ella mantuvo empecinadamente hasta el final) de una vida en común, las últimas esperanzas de casarse con él. Armando, entonces, era todo para ella, la medida del universo. De clase humilde, muy listo, ambicioso, audaz. Y luego se casó, claro, con la hija de un comerciante rico que lo ayudó a montar un despacho, a formar una clientela. Tina se detiene para vadear con cuidado un charco, y sonríe, pensando que esa parte de su historia es como de telenovela, y que de no ser por Teodoro quizás hubiera terminado como las muchachas de las películas mexicanas: ¡en el cabaret! Por lo demás, de haber tenido a Renato, no se arrepiente. De lo que sí se arrepiente —y se arrepentirá siempre— es de haber propiciado que Renato conociera a su padre (no el “verdadero padre”, pues para Tina ése es Teodoro; pero a su padre, en fin...). Al tomar aire para cruzar la calle, Tina siente el dolor en el seno izquierdo que la persigue desde hace casi un año, y que ahora se le ha extendido al seno derecho. Lo ha venido negando, atribuyéndolo a nervios, enfriamiento, cansancio; pensó que podría ser algo cardíaco, le tomaron un electro en el Seguro... Respira hondo, retoma el hilo de sus pensamientos. Ya nada más falta una cuadra para llegar... Sí, estuvo a punto de meter la pata, cuando hace diez años volvió a Guanajuato, para vender la casita que dejó mamá. Ella era la única heredera, ni su mamá ni su papá hicieron nunca testamento, hubo que resolver un intestado. Volver a Guanajuato, y en una de esas vueltas toparse ¿con quién? Pues con Armando, ¿con quién si no?. Por algo ella no quería regresar, hubiera preferido dejar perder la herencia. Pero Teodoro la convenció; con ese dinero compraron el departamento de junto. Teodoro nunca ganó mucho, ni cuando lo nombraron capataz, jefe de peones del jardín. Siempre ha sido un hombre modesto, pero ella no lo cambia por nadie. Y menos por el farsante de Armando. Se lo encontró a la salida de la Tesorería; ella trataba de pagar las contribuciones de la casa, atrasadas desde hacía años, y no lograba desenredar la madeja de idas, vueltas, y dilaciones burocráticas. No entendía nada de eso. En México, siempre las pagaba Teodoro. ¡Y que se encuentra a Armando! Y que le da como taquicardia. Y que Armando la saluda de lo más amable, como si no hubiera pasado el tiempo, le pregunta qué hace ahí, la invita a tomar un café para “recordar...” ¡qué cinismo! Pero lo peor es que ella aceptó, se fue a tomar el café con él... y por poco se van a la cama. Sí, a la cama. Armando le contó su “triste historia”, le habló de la frialdad de su mujer, de su soledad. No tenían hijos (la culpa era de la esposa, claro). Había pensado a menudo en Renato, en ella. Hubiera querido ir a buscarlos a México, pero estaba siempre *tan* ocupado... Y ahora Tina le traía de vuelta los momentos más hermosos de su vida; el recuerdo de su relación sexual más perfecta. Nunca había tenido otra igual. Si ella quisiera, podrían intentar de nuevo; finalmente, era la madre de su hijo... Por poco sucumbe. Empezó como a alucinar. Tuvo la sensación fugaz de que aquella terrible frustración podía ser resarcida; de que lograría, al fin,

ser la señora del prestigiado licenciado Jiménez, gloria de los tribunales guanajuatenses. Y al pensar esto, ahora, le dio risa. El sentido del humor, que casi siempre solía sacarla de apuros, la salvó también en esa ocasión. Se vio a sí misma como una Julieta entrada en carnes, a punto de irse a acostar con un Romeo labioso, y a todas luces falso. Se sintió terriblemente ridícula, y huyó... de regreso a México. Sin embargo, ya de vuelta en su casa, la imagen, la *posibilidad* en que se había convertido Armando, la rondaban. Era como un espejismo, se le volvía una obsesión. Por eso, cuando tuvo que emprender el siguiente viaje se hizo acompañar de Renato. Y esto sí que fue un error garrafal. En una ciudad de provincia, andando en asuntos de abogados y herencias, era seguro que se iban a encontrar. Y así sucedió. Renato sabía desde niño que su padre no era Teodoro. Ahora, al ir a Guanajuato estaba inquieto, expectante. Y el encuentro no se hizo esperar, afectuoso e intenso. Uno de los pocos momentos auténticos, quizás, en la vida de Armando. Tina se preguntaba luego si no era ella quien lo había propiciado, en un afán inconsciente de que su hijo, finalmente, fuera reconocido. ¡Y qué caro le costó el reconocimiento! Renato no hablaba más que de su padre, quería quedarse en Guanajuato, hacía comparaciones crueles entre Armando y Teodoro. Entre el departamento de la Colonia Guerrero y la que imaginaba sería la casa de su padre; entre la modesta ocupación de jardinero ("floricultor", le corregía Tina, que aunque costurera, había terminado la preparatoria, pensó alguna vez seguir la carrera de educadora, y leía bastante en sus ratos libres), y la deslumbrante profesión de abogado. Sin más declaró que él también quería estudiar Derecho. En sus entrevistas, que ella no pudo impedir, Armando lo alentaba con un "¡véngase m'hijo a estudiar con su padre. Aquí tiene casa, pues...!" Y quién sabe qué más cosas le diría cuando Tina se iba a arreglar el asunto de la malhadada herencia, y Armando se lo llevaba a enseñarle la ciudad que de pronto, con sus calles angostísimas, sus subidas y bajadas, a Tina le parecía el escenario perfecto de una pesadilla. Un laberinto asfixiante en el que Tina y Teodoro perdían irremediablemente a su hijo. El trayecto de vuelta fue insoportable. Renato era otro. Le reprochaba que no hubiera aceptado el ofrecimiento de Armando de pagarles el avión de regreso; le reprochaba ir en un autobús maloliente; le reprochaba vivir en "una vecindad con pretensiones de condominio"; le reprochaba que se hubiera casado con Teodoro y no hubiera tenido paciencia para esperar a su padre ("¿esperar qué?", iba a contestar Tina). Estaba realmente traumatado, y Tina, a su vez, angustiadísima al prever la reacción, el dolor de Teodoro, cuando se enterara de algo que, evidentemente, no sería posible ocultar. A bordo del autobús Renato hablaba como descosido, mezclando reproches con fantasías y proyectos a futuro "con mi verdadero padre". Tina quería morir.

Tina mete la llave en la cerradura de la puerta de su casa, y antes de que logre abrir, la puerta cede y Teodoro la recibe con un "ya me tenías preocupado, mujer; son casi las ocho. ¿Cómo te fue con el doctor...?". Tina responde distraídamente que bien, y de una mirada abarca la estancia, la mesa puesta para la merienda, el televisor que repite las noticias; percibe el olor a tela nueva que se desprende de los vestidos que cuelgan de las perchas (vestidos rojos y azules, moteados, floreados, con cuello de piqué y tira bordada; con aplicaciones de terciopelo y de

encaje, fabricados por ella y sus ayudantes con manos amorosas, como si fueran para una hija que nunca logró tener), el aroma del café reciente, el olor de su casa que es el olor de Teodoro, y se siente a salvo del frío y de la lluvia; del desamor de Renato y del fantasma de Armando, de la enfermedad... y entonces sabe que ella no quiere sobrevivir a Teodoro cuando él muera, que quiere irse cuando él se vaya aunque quizás —y es una mera intuición, una sensación que la sobrecoge— ella se vaya antes.

La mañana amaneció despejada, y Teodoro salió al patio a arreglar las macetas de geranios, hortensias y petunias que eran su orgullo y la envidia del vecindario. Blondy ladraba desde hacia rato, pidiendo su desayuno. Teodoro le dio unos pedazos de tocino recalentado que Blondy le agradeció con lengüetazos y suaves gruñidos. “Es como si quisiera hablar”, se dijo él. Y en verdad, Blondy era el animal más cariñoso e inteligente que había conocido. Llegó a la casa poco después de la partida de Renato, en plan de “solovino”, y se quedó. El le construyó una perrera, y Tina lo bautizó con ese nombre que significaba simple y llanamente, “Güerita”. Una de las fantasías de Tina, quien a veces presumía hasta de saber inglés. Medio vanidosilla, ella. En ocasiones, Teodoro temió perderla; temió que la sencillez —casi pobreza en los primeros tiempos— de su vida los separara. Sus miedos cobraron forma durante la época en que ella estuvo viajando a Guanajuato. El presentía que encontraría al antiguo amante, y temía los resultados del encuentro. Tenía entonces cuarenta y dos años. Era una mujer madura, que hacía gimnasia todos los días, “para no echar estómago”, que se teñía el pelo de tono caoba, y con una vitalidad y un buen humor que la hacían parecer más joven. De haber contado con capital hubiera sido una diseñadora de modas con éxito. Más desenvuelta que él, más ambiciosa que él, con un poco más de educación que la suya, y sin embargo, sometida a él, consultándole todas sus decisiones, con una especie de inseguridad que no se explicaba más que en función de su fracaso con el individuo aquél que la había engañado. Una dependencia que, por lo demás, a él lo halagaba y le daba seguridad. Al tiempo que escarbaba, aflojando la tierra de las macetas, con la pequeña pala, preguntándose si debía ponerles abono o no, recordaba los siniestros viajes a Guanajuato, que culminaron con la crisis de Renato, y su huida posterior. Al recibirlos en la terminal de autobuses, él se dio cuenta de que algo había cambiado. Se le heló el corazón figurándose que Tina había vuelto a ver al tipo ése, que a lo mejor hasta se le había entregado... ¿Cómo lo averiguaría, y qué haría si fuera cierto? ¿Maltratarla, golpearla, correrla? Pero si no podía vivir sin ella, si todos esos días no había hecho más que marcar el calendario, contando el tiempo que le quedaba de estar solo (cosa que a ella le encantó al regreso, y que se apresuró a comentar con Lulú y Tencha, apuntando, entre presumida y coqueta: “mi viejo no puede estar sin mí”). Y era cierto. Mantenía encendido el televisor cuando estaba en la casa, para oír voces porque, al igual que después de la muerte de su madre, sentía que el techo se le caía encima, de la pura soledad. Le faltaban los pasos de Tina, sus instrucciones a las costureras, dichas con precisión y suavidad; sus palabras como trinos a la hora de las comidas. Era el corazón de esa pequeña morada y todo —las copas colocadas boca abajo en la alacena “para que no les caiga el polvo”; los

cubiertos esmeradamente ordenados en el cajón correspondiente; la muñeca de vestido azul sobre la colcha de gusanillo color coral— respondía a los diseños de Tina. La casa era Tina, y punto. Entonces, ¿qué hacer si sus temores se confirmaban? Empezaba a sentir rabia y celos, cuando se dio cuenta de que quien había cambiado era Renato. No necesitó mucho para adivinar lo que sucedía. Renato apenas lo saludó. Se encerró en un mutismo hostil que a él le empezó a roer el alma. Sintió celos, de otra clase. Luego, Tina habló largamente con él, le contó lo que pasaba; se culpó, pidió perdón. El ¿pues qué iba a hacer? La perdonó, no sin antes echarle en cara su ligereza, su insensatez. ¿Permitir que el muchacho se fuera a pasear con el sujeto ése que los había abandonado cuando realmente lo necesitaban! La verdad es que ella no tenía dignidad... y él ¿cómo quedaba? Como un tonto, esperándolos en la terminal a que regresaran de su paseo con el otro. Nada más faltaba que les hubiera llevado flores (había estado a punto de llegar con unas rosas que un cliente devolvió porque no estaban, según él, frescas). ¡El ridículo que habría hecho! Tina a todo asentía, le daba la razón, lloraba y se retorció las manos. Porque ahora, lo importante era saber cómo actuar con Renato. Estaban totalmente desconcertados. Fue por esa época cuando él empezó a liarse con la Victoria, en venganza (se descubrió vengativo), como una mínima revancha, como una forma de dar salida al resentimiento, de conjurar el tedio. Pero eso terminó a los seis meses, cuando Renato desapareció llevándose sus cosas, dejándoles una nota en la que los culpaba de todo lo malo que le había sucedido hasta entonces, y avisándoles —por lo menos les avisó— que se iba para siempre con su padre. El dolor de la pérdida, de las acusaciones que sentían injustas, los volvió a unir. Y así desde entonces. El dolor se fue convirtiendo en una tristeza amarga, sobre todo para él, que no podía entender en qué había fallado como padre. A lo largo de los meses y los años, les fueron llegando noticias dispersas: que si estudiaba Derecho, que si se había recibido, que si trabajaba en el bufete del “papá”. Habían pasado largos años. Y ellos ahí: él y sus flores; Tina y sus máquinas de coser, totalmente, definitivamente olvidados.

Desde la ventana de la minúscula cocina en donde prepara el desayuno dominical, Tina, con su bata nueva color salmón, contempla a Teodoro que, abismado y con el viejísimo Stetson calado sobre la frente, arregla las macetas, platica con las plantas, escarba aquí, poda allá. El pequeño departamento es todo un invernadero improvisado. Las plantas de sol llenan el patio trasero; las de sombra, las violetas africanas, cubren rincones y antepechos de la pequeña estancia. Y ella es, ha sido, feliz en ese diminuto vergel durante más de treinta años. Es verdad que los últimos no fueron del todo buenos. Luego de la partida de Renato, vino la jubilación de Teodoro. La florería fue vendida a unos japoneses que reajustaron al personal y se deshicieron de los trabajadores más antiguos. Entre ellos, Teodoro, el jefe de peones, que sabía muchísimo de todo lo referente al cultivo de plantas de ornato, y al que había que reclasificar o liquidar. Optaron por lo segundo. Esto significó para él el ingreso a la vejez. Al principio quiso seguir trabajando, puso anuncios en el periódico. Pero lo único que consiguió fueron empleos ocasionales de jardinero en residencias del Pedregal de San Angel o de Las Lomas. Y la verdad, que sin coche, con las herramientas a cuestas, le resultaba

muy pesado trasladarse de un lugar a otro. Quisieron contratarlo también en una florería rival del Jardín Encantado, en las calles de Colima, en donde el “Maestro Teo” era de sobra conocido y apreciado, pero sintió que aceptar sería como traicionarse a sí mismo, traicionar al Jardín Encantado... traicionar su pasado. Así es que se replegó en una tranquilidad contemplativa y resignada. La verdad, piensa Justina, es que Teodoro no se ha repuesto de la depresión que le causó Renato. Y ella tampoco. Pero ella, por lo menos, entiende que Renato tenía, pese a todo, derecho a saber quién era su padre, y a elegir; siente que las cosas se movieron de acuerdo con un impredecible azar, y lo único que le duele es la inconcebible ingratitud de Renato, su ausencia. En tanto que Teodoro, hombre leal a su trabajo, leal a su familia, siente que ha sido traicionado y no encuentra, por más que busca, el porqué. Una sima profunda, toda oscuridad y vacío, se abrió a sus pies con la huida del hijo. Tuvo que agarrarse de Tina para no caer. Y luego, hace casi dos años la estocada final: Renato se cambió el apellido. Lo supieron por Concha, prima lejana de Justina que, de vez en cuando, les trae noticias de Guanajuato. Solícita, es quien los pone al tanto de la vida de Renato, que ya no se llama Renato Domínguez, sino Renato Jiménez, el licenciado Jiménez, heredero en un futuro próximo, del bufete y la clientela paternos. Mejor no se los hubiera dicho, piensa Justina, mientras revuelve con un tenedor los huevos a la mexicana. A partir de la noticia ella empezó a perder peso, el color se le puso ceniciento. No era el hígado, no. Era quizás algo peor... Nada le hicieron los téis ni los remedios naturistas. Adelgazaba a ojos vistas, iba de rolliza a esbelta, y pronto pasaría de esbelta a flaca. Para colmo, sus senos experimentaban también mutaciones extrañas. Los pezones, el izquierdo sobre todo, se retrotraían y el pecho adquiría una apariencia tumefacta, rara. Y el dolor sordo, amenazando desde adentro. En medio de todo le tranquilizaba, sin embargo, algo: que Renato, por lo menos, nunca sería pobre, nunca pasaría hambre ni estrecheces. Esto, claro, no se lo dijo a Teodoro quien, cuando se hablaba de Renato montaba en cólera y alguna vez hasta terminó llorando. Justina colocó los platos servidos sobre la mesa del comedor, y llamó a Teodoro a desayunar. Con él entró la Blondy, moviendo la cola, como siempre.

Han pasado dos semanas. Es plena época de lluvias. Justina y Teodoro toman, en esta mañana nublada, el camión que los dejará frente al bosque de Chapultepec. Van en silencio. Ya en el bosque buscan una banca apartada, como cuando eran novios. Y se sientan a contemplar el lago, las lanchas. Sobre el césped, a sus pies, crecen hongos diminutos. Más allá, el zoológico, con sus osos polares en glaciares simulados; las jirafas, las zebras que fascinaban a Renato. El bosque, de algún modo, resume su historia: una pareja feliz con un niño intrépido que venían domingo a domingo a remar en lancha; pasearse (cuando alcanzaba el dinero) en los juegos mecánicos; comer tortas sobre la hierba; comprar palomitas y algodones color de rosa que les dejaban empingorotados las manos y el rostro; correr y protegerse de la lluvia en el interior de los quioscos; subirse con Renato, cuando era pequeño, en el trenecito... Justina abre su bolsa y extrae un fajo de papeles, sobres y recetas que extiende a Teodoro. Es el resultado de los análisis, de las radiografías. Es el diagnóstico: cáncer mamario, se hace necesaria una mastectomía en ambos pechos. Pronóstico: reservado. El cáncer está avanzado, la paciente no

se atendió a tiempo, puede hallarse invadida. Eso sólo se sabrá en el momento de abrir. Luego será necesario aplicar quimioterapia. El tratamiento es largo, doloroso. Después quién sabe... Teodoro se cala los anteojos y se entera de algo que no ignora. Hace tiempo que Tina no permite que la vea desnuda; ya no se bañan juntos, como antes; ya no hacen el amor. A los brasieres que sostenían dos senos magníficos han sucedido unas camisetas que cubren y neutralizan; a los camisonnes leves de algodón, la gruesa e impenetrable franela. Y Teodoro sabe, además, que éste no es solamente el final de Tina, es el fin de ambos. Desde los juegos mecánicos llegan los acordes desvaídos de un vals, y luego de una canción de José José... Hablan en voz baja, cuchichean como si alguien pudiera oírlos, Teodoro le acaricia a Tina el rostro, el pelo. Quien los viera de lejos pensaría que se trata de un señor anciano que está tratando de seducir a una señora de cabello rubio y no mal ver. Luego, se toman de la mano y se quedan un largo rato contemplando el lago. Es sábado, hay menos gente que los domingos. El bosque los cobija con su sombra bienhechora. Cuando empiezan a escucharse los primeros truenos, Teodoro y Justina (alguien les dijo alguna vez que sus nombres eran como de personajes históricos), se levantan, recogen bolsa, periódicos y papeles, abren el paraguas, se encaminan hacia la parada del camión. Regresan a casa.

Cuando Tencha y Lulú llegaron el lunes por la mañana (tarde, para variar) había gran revuelo en la privada. Una patrulla y un carro de bomberos estaban estacionados junto a la banqueta. Nunca imaginaron que los intoxicados con gas fueran el señor Teodoro y su patrona, la señora Justina. Y para colmo, también la Blondy. El cartero alertó a los vecinos, los vecinos llamaron a la policía. En el umbral de la puerta, un sobre, una carta sucia y pisoteada que nadie había recogido. Lulú la levantó y Tencha se atrevió a abrirla. Era de Guanajuato, del Lic. Renato Jiménez a los señores Domínguez, y el cartero había intentado echarla por debajo de la puerta ese lunes, cuando a eso de las diez pasó a entregar la correspondencia y percibió el insoportable olor a gas que salía del departamento. En la carta, el licenciado Renato pedía disculpas al señor Teodoro y a la señora Justina por no haberles escrito en tanto tiempo, y les anunciaba que iría a verlos pronto con Luz Elena, su esposa y su hijita María Fernanda. Y firmaba diciendo: "su hijo que tanto les debe, y no los olvida..." Tencha y Lulú se miraron. Lulú estrujó la carta y la tiró a la basura. Habían perdido a su patrona, y su trabajo. Se abrazaron y se pusieron a llorar.